

Veíamos mucho, nos gustaba y no existía otra cosa, porque entonces la mujer apenas hacía deporte. Nos juntamos, hablamos con el Beti, les propusimos hacer un equipo femenino y nos dijeron que sí, pero no fueron pocas las dificultades”, recuerda.

Una de los principales escollos se tradujo en la falta de instalaciones. Los espacios, asegura, “eran para los hombres”. “Las mujeres no íbamos a quitarles”, dice. “Se entrenaba en el frontón Atarrabia, puesto que no había otra cosa. Los horarios eran para ellos y nosotras incluso, en alguna ocasión, llegamos a entrenar en un salón de las Dominicas. No pintábamos nada”, rememora.

Esta precursora se inició en el balonmano con 18 años, bastante más tarde de lo habitual ahora, y, aunque el deporte en sí le gustaba y entendía, “habilidades, lo que se dice, teníamos pocas”. “No empezamos muchas. No era fácil que hubiese mujeres que quisieran jugar. Recuerdo que la Liga era muy corta y luego se organizaba una especie de Copa para que aquello durase más”, explica. Blanqui Donazar, que pasó también por las filas de Anaitasuna, jugó de extremo hasta que se casó. Y se queda con un recuerdo muy claro: “Me gustaba el deporte y lo pude practicar. Al nivel que se podía, pero lo hice. Y en Villava. En nuestra época no se veía bien que una mujer jugase al balonmano pero a mí, particularmente, no me importaba”.

Años más tarde, cuando el Beti Onak femenino volvía a la actividad tras un parón forzoso por falta de integrantes, **Mertxe Ripoll** se enfundaba su camiseta. Esta catalana de nacimiento y adoptada en la villa cogió el balón en 1979, en un equipo con pocas jugadoras, que acabaron “viniendo de todos los lados. De Jesuitinas de la Txantrea o de Santa Catalina, de Pamplona”. Su primera entrenadora fue Marta Díez de Ulzurrun, que procedía de Anaitasuna. “Por entonces teníamos 15 o 16 años y ni idea de coger un balón”, asegura. Para Ripoll, un gran respaldo provino de la creación, a principios de los 80, del Patronato de Deportes de Villava-Atarrabia, que acabó ofertando balonmano femenino desde alevín. “¿Quiénes entrenaban a esas crías? Nosotras. Y a partir de ahí ya hubo un seguimiento”, recuerda. Los entrenamientos, en su época, ya se desarrollaban en el frontón Lorenzo Goikoa, “pero en cuanto a horarios y señalamientos de partidos, tenían prioridad los hombres”. “Al principio se nos daba poca importancia. Tuvimos muchos entrenadores. Hubo uno, Miguel David, que hasta nos organizaba torneos internacionales”, recuerda entre risas. Pero, sobre todo, se queda “con el ambiente que había, las cenas que se organizaban. Hoy en día tenemos incluso grupo de Whatsapp y nos juntamos, aunque cada una tenga ya su vida”.

**POR AMOR AL ARTE**

*La transición hacia un equipo más “profesional”, sin serlo*

Si hay un común denominador en la experiencia de estas mujeres dentro del balonmano es su implicación, su dedicación, su lucha particular según la época que les ha tocado vivir.

**Marta Olóriz** dio sus primeros pasos

en las Dominicas –también estaba el equipo del Lorenzo Goikoa por entonces en Villava-Atarrabia– y de ahí dio el salto al Beti. En su retina las interminables jornadas, “ir a las 8 de la mañana a la universidad con la comida y el bolso de entrenar, y llegar a casa las 10 de la noche... Lo haces porque te gusta, te llena mucho”.

Olóriz era central y, aunque llegó a formar parte del equipo que ascendió a Primera, no guarda en su mente “ser consciente de ello”. “Antes no había tanta información como ahora. Yo me quedo con el recuerdo de disfrutar mucho jugando. De dar siempre el 100%, que es la esencia del balonmano”. Al comparar su experiencia con la de sus hijos, a quienes ha inculcado su pasión por este deporte, indica: “Antes te ponías en forma a base de jugar, era una burrada. Ahora se cuida más el cuerpo”. Y a su hija Elisa, de 15 años, le aconseja: “Le digo: el balonmano es superar a la otra, saber por dónde va a ir ella para tirar tú por el otro lado”.

Marta Olóriz jugó principalmente en los 80, y llegó a coincidir con **Eduarne Ansoáin**, que formaba parte del equipo que, en 1997, ascendió de nuevo a la categoría de la que no se ha bajado desde entonces. Su entrenador era Jokin Elizari, un técnico que “nos empezó a motivar”. “Nuestras aspiraciones no eran de títulos pero acabamos jugando el ascenso en Villava. Era un domingo y estaba el frontón a reventar”. Una época que recordará bien, por el premio de pasar una semana en Canarias cuando fueron a jugar allí y “por el ambientazo que teníamos. Lo pasábamos genial. Entrenábamos casi a nivel profesional, aunque sin serlo. Nos dábamos buenas palizas con los viajes a Galicia y demás, pero nos encantaba. Estábamos muy contentas con todo ello”.

Esa transición de equipo *amateur* a semi-profesional lo ha vivido más de cerca **Natalia Galbán**. Empezó a jugar con 10 años, sobre todo por que en su cuadrilla se practicaba el balonmano y, tras pasar por las diversas categorías del club, acabó por capitanear un equipo que ha disputado sus únicas dos fases de ascenso a División de Honor. “He pasado de años en los que casi no había chicas para jugar a ver un equipo más profesional, sin llegar a serlo”. Su lucha fue diferente a la de sus predecesoras: “Con los chicos acabamos repartiéndonos los horarios de los partidos y también hemos peleado por las equipaciones. Antes te daban una camiseta de hombre e ibas volando por el extremo de lo ancha que era. Ahora hay tallas de chico y de chica”.

Galbán dejó el equipo en División de Honor Plata, donde está ahora y donde juega **Laura Sanz**, que empezó con apenas 8-9 años en el balonmano y es consciente de los pasos que se han logrado. “En el Beti Onak se nos valora mucho y se apuesta por nosotras. Hay mínimo dos equipos por categoría. Es más estable y hay muchas que se animan a jugar”, constata.

Y termina poniendo de relieve algo en lo que coinciden la mayoría. “Para mí el equipo es como una familia. Lo que más me gusta es la sensación con la gente, en la pista, poder celebrar cada gol con las compañeras. Animarnos unas a otras”. ●

**LAS PIONERAS EN LOS AÑOS 60**

En la temporada 1968-1969, el Beti Onak se inscribía como nuevo equipo federado en el Trofeo Sección Femenina. En la foto aparecen las pioneras, ese primer conjunto, en la pista del Gimnasio Ruiz de Alda de Pamplona. Arriba, desde la izquierda: Larreta, Zabalegui, Dean, González, J.J. Beorlegui (entrenador); abajo, Marchueta, Gay, Itúrbide, Múgica y Donazar. En aquella plantilla también estaban Lecumberri y Aldaz.



**TEMPORADA 1981-1982**

A finales de esta década (curso 1988-1989), con Luis Liberal en los banquillos, se ascendía por primera vez a la Primera División Nacional. La imagen corresponde, no obstante, a la temporada 1981-1982. Desde la izquierda, arriba: Pérez, Del Peral, Garrués, Fernández, Valencia, Henares, M. Posadas (entrenador); abajo, T. Pueyo (delegada), Goñi, Delás, Ayesa, Ripoll, Lizarraga y Tanco.

**TEMPORADA 1988-1989**

La fotografía muestra a las jugadoras que se proclamaron campeonas de Navarra en la temporada 1988-1989 y que ascendieron además por primera vez a la Primera División Nacional. Arriba, empezando desde la izquierda: G. Ochando (delegada), Erviti, Urdíroz, Olo, L. Olóriz, Callero, Ibáñez y Orayen; en la fila de abajo, agachadas, Luis Liberal (entrenador), Iglesias, Iribarren, Avelino, Peralta y Marta Olóriz.



**TEMPORADA 1996-1997**

En esta campaña, las de Villava-Atarrabia, con Jokin Elizari de entrenador, ascendieron de nuevo a la categoría nacional. La imagen es de aquella temporada 1996-1997, del equipo que se alzó como campeón de Navarra. Desde la izquierda, arriba: Jokin Elizari (técnico), Olóriz, Iturralde, Sánchez, Galván, Peralta, Cabodevilla y González; abajo, S. Molina (delegada), Ilzarbe, Ansoáin, Aristu, Márquez, Txurruka y Arive.